

Dida de cuartel en el Ex Asilo Dicentino

Resumen

En realidad, como cuartel, la antigua edificación no era muy adecuada. Carecía de suficiente espacio, y su ubicación urbana lo dejaba en riesgo de ser bloqueado en una emergencia. Le faltaba áreas de maniobra, campo de prácticas, refectorio. El almacén de forrajes y el depósito de vestuario y equipo tuvieron que instalarse en otro lugar de la ciudad, y la atención a los heridos y enfermos se impartía en la clínica particular del mayor médico cirujano. Pero los militares se avienen a lo que hay, y de lo disponible se sacaba el mejor partido, según se puede apreciar en el adjunto croquis, elaborado en base a mi memoria.

Palabras Clave

Cuartel, guarnición, Ex Asilo, maniobra, Regimiento, Pileta.

Vida de cuartel en el Ex Asilo Vicentino

LUIS SÁNCHEZ OSUNA

El servicio de guarnición en una plaza no es terriblemente emocionante. En otros países se le destinan tropas “territoriales”, próximas a la edad de retiro.

En 1944, me incorporé al 11° Regimiento de Caballería que tenía el encargo de proteger la región central de Tamaulipas. El 2° y 3° Escuadrón de partida en Jiménez, Soto la Marina y otros municipios, por lo que en su cuartel, ubicado en el viejo edificio que había sido hasta 1926, el Asilo Vicentino, en Ciudad Victoria, se hallaba solamente la plana mayor y el 1° Escuadrón, y apenas cabían. En realidad, como cuartel, la antigua edificación no era muy adecuada. Carecía de suficiente espacio, y su ubicación urbana lo dejaba en riesgo de ser bloqueado en una emergencia. Le faltaba áreas de maniobra, campo de prácticas, refectorio. El almacén de forrajes y el depósito de vestuario y equipo tuvieron que instalarse en otro lugar de la ciudad, y la atención a los heridos y enfermos se impartía en la clínica particular del mayor médico cirujano. Pero los militares se avienen a lo que hay, y de lo disponible se sacaba el mejor partido, según se puede apreciar en el adjunto croquis, elaborado en base a mi memoria.

Dentro del Ex Asilo Vicentino, durante su ocupación por el 11° Regimiento de Caballería, sin causar obstrucción alguna, las soldaderas se escurrían por la puerta de las caballerizas – nunca por la puerta principal, la de la calle Abasolo – y se surtían de nixtamal, carbón, leña, petróleo, lo que necesitaran. Algunas de ellas, más avanzada la mañana, llevaban a sus hijos a la escuela. Había una pileta grande donde lavaban la ropa.

Insisto, el aspecto, el movimiento interior no permitía sospechar la presencia de un centenar de abnegadas mujeres y por lo menos otros tantos niños. Eran como seres invisibles, pero indispensables.

Los oficiales y jefes rentábamos departamentos o cuartos redondos; para nuestras consortes no había impedimento alguno, pero rara vez vi que algunas engalanaran aquel adusto cuartel con su gentil presencia.

El venerable edificio se mantenía muy limpio, pero en algunos lugares de los muros se había desprendido el enlucido y se notaba el material del que estaban contruidos: sillar, un conglomerado arcillo-calcáreo que en Ciudad Victoria se utilizó en el pasado de preferencia al adobe o ladrillo. Esos muros estaban pintados con calasomina de color gris claro.

A finales de la presidencia del general Cárdenas ocurrió el levantamiento del general Cedillo, en Ciudad del Maíz, que no tuvo la fuerza que se le suponía. En el 11° Regimiento corría la versión que quien persiguió, encontró y mató a Cedillo, fue el teniente coronel Castrejón, habiendo sido por ello ascendido a ese grado y comisionado como subcomandante de nuestra corporación.

Por esas mismas fechas se levantó en Llera un mayor de apellido Nava. Para neutralizarlo se mandó una fuerza que tuvo como base Ciudad Victoria, siendo su cuartel el Ex Asilo Vicentino. Eso fue en 1939, permaneciendo allí por algún tiempo.

Durante la presidencia del general Ávila Camacho, esa corporación fue transferida a otra plaza, arribando entonces a Victoria el 11° Regimiento, que había estado de guarnición en Tulancingo. Hizo el largo recorrido, pasando por Poza Rica, Tampico y Mante, por sus propios medios, montando soldados, clases, oficiales y jefes, cada uno su caballo.

Estuve en otros dos Regimientos de Caballería, en otras plazas, y en ninguno de ellos encontré el espíritu, la camaradería, que en el Once. Cuando éste fue cambiado a Reynosa, ya no fue el mismo, porque la mayor parte de la plana mayor se había presentado a promoción en la Escuela Superior de Guerra, siendo ascendida y comisionada en otras corporaciones.

De aquel tiempo recuerdo sólo un caso triste: llegó un subteniente que acababa de egresar del Colegio Militar, siendo asignado al 1° Escuadrón. Muy joven, muy serio, muy bien uniformado; pero desde el primer día no se le vio sobrio, sino que apenas podía guardar la posición de ¡firme! A la lista de seis, una tarde, frente a todo el personal formado, el comandante lo reprendió muy severamente.

Al romper filas, el joven oficial caminó hacia las caballerizas, sacó su Browning .45 de reglamento, y se voló la tapa del encéfalo.

Me acompañan otras vivencias de aquel tiempo, como éstas que siguen, por demás triviales, pero que dan una idea del ambiente que se vivía en el Asilo Vicentino, cuando sirvió de cuartel, allá por los años 1944-1948. Pero antes de proseguir, quiero advertir, sobre todo a los lectores jóvenes, que el escenario y el elenco en un cuartel militar eran entonces muy diferentes a como lo son en la actualidad.

Los cuarteles son hoy campos militares construidos ex profeso, apartados de las ciudades, y contando con todo lo necesario. Ha desaparecido la caballería, los regimientos se han motorizado, y como un gran contraste, los uniformes son ahora funcionales, teñidos para camuflaje; una negación de la elegancia sartorial. Los oficiales de entonces, los del arma de caballería, lucían como personajes de película de la buena época del cine mexicano: vestuario bien cortado, de gabardina inglesa color arena; botas federicas de color café o caoba; acicates; para ocasiones especiales era obligatorio el sable. Caballos de tipo anglo-árabe, bien cuidados, ensillados con ligeros albardones.

A los pocos días de haberme incorporado, a la lista de diana escuché en la orden del día mi nombre, y la comisión: jefe de vigilancia. Según la Ordenanza, como oficial especialista, estaba exento del servicio de armas; pero confieso que me agradó cumplirlo. Por andar “de partida” varios capitanes, la oficialidad de planta en el cuartel era reducida; esa comisión, que tradicionalmente se llamó “jefe de día”, debía ser cumplida por un teniente coronel, o en su defecto, por un mayor, o en último caso, por un capitán 1°.

Entre muchas de las vivencias de aquel tiempo que aún me acompañan, relataré unas pocas, de las triviales. Había hecho mi ronda nocturna y regresé al cuartel a descansar un rato. Me tendí en mi catre de campaña – con las botas puestas – ordenando al sargento de guardia que me despertara al primer movimiento o ruido extraño. Al poco rato llega y me dice, cuadrándose: “Mi capitán, tengo detenido a un paisano que trató de entrar. ¡Ordene, usted!”. En la guardia encontré todo tembloroso a Raúl Aceves Carmona, que desde su periódico *El Heraldo* atacaba al gobernador, general Raúl Gárate. Me dice Aceves: “¡Pido garantías al Ejército de mi país!” “Explíquese”. “Es que por tres días me tiene sitiado la policía, dentro de mi casa, y me les acabo de escapar, porque mi mujer está dando a luz en estos momentos en

el Hospital Civil. Aquí en la esquina está atravesada una camioneta, y la que me sigue está aquí afuera.” Tomé el teléfono y llamé al jefe de la policía: “Brizuela, tengo aquí a Raúl Aceves, el del Heraldo, que trata de ir al hospital porque su mujer está pariendo. ¿Hay orden de arresto?” “No, no es el caso”, me respondió. Subí a Aceves a mi jeep, me dio paso la camioneta, y lo dejé en el hospital.

A la mañana siguiente, al dar parte de novedades al teniente coronel Castrejón, subcomandante, me indicó que viera al coronel comandante. Lo encontré muy preocupado porque acababa de recibir un extrañamiento del gobernador. “Tenga mucho cuidado con los opositores del general Gárate.” Fue lo que me dijo. Tiempo después era a mí al que atacaba Aceves. En El Heraldo me llamaba “voraz fraccionador de la colonia Los Ébanos.”

En una de las ocasiones que estuve de cuartelero, me llama el coronel comandante y me dice: “Vaya usted a hablar con el gerente de la Telefónica, y dígame de mi parte que es urgente que nos cambie este teléfono, porque no me puedo comunicar con la 8ª Zona; hace demasiado ruido. Que le acompañe el teniente de transmisiones.” Hablo con Jesús Serna, el gerente, y con aquel aire que tenía de “algo no huele bien por aquí”, y muy impasible, repuso: “No tengo aparatos en existencia.” Mientras yo procuraba no perder la calma, y le sugería: “Cámbiele a Kuri su teléfono por el nuestro; o a Charur; o al bar del Sierra Gorda”, y Serna mirando para otro lado, displicentemente. El teniente se levantó, y caminando como distraído, penetró a una pieza contigua, que era por suerte el centro nervioso de aquella modesta central. Salió pronto, me hizo una seña cuando yo ya iba alzando la voz. En el jeep, de regreso al cuartel, me dijo: “Mi capitán, ¡qué penal, no me fijé cuando me eché a la bolsa esto,” y me enseñó un pequeño objeto. Llegamos, y antes de dar parte, conectó aquel filtro al aparato, que ya pudo así funcionar satisfactoriamente. Como decía Gonzalo Santos: “Eso no es problema para un hombre de recursos.”

Conversando una mañana con los licenciados Fidencio Trejo y Juan Fidel Zorrilla en el despacho de éste, llegó un cliente de ellos, Keneth D. Moore, dueño de la hacienda San Juan de la Generala, y notable genetista agrícola. Estaba por terminar un proyecto, que resultó muy exitoso, de sintetizar dos líneas de maíz de maduración rápida, una de maíz blanco otra de amarillo. Pero muy amargamente se quejaba de los ladrones de elotes, que por la noche entraban a la

milpa y se los llevaban por costales; y también sandías: las que pesaban mucho las dejaban, pero macheteadas. Los abogados querían denunciar el caso a la policía rural, pero yo, sabiendo que el comandante del regimiento me respaldaría al 100 %, le propuse: “Yo le mando tres o cuatro soldados que se harán respetar. Usted les proporciona casa y comida. Pero cuando coseche el maíz, me entrega todo el rastrojo.” Moore aceptó, desde luego, y todo resultó bien, todos contentos, menos los ladrones. Se trataba del rastrojo de 200 has. de riego, que condujo al almacén el teniente Villaescusa, en su camión. (El rastrojo tal cual no puede ser masticado por los caballos, pero teníamos una trituradora que lo fragmentaba y una empacadora que lo prensaba para su almacenamiento).

Finalizo con una refutación a la mala fama de los soldados como adictos a la marihuana.

Una damita muy gentil, hija de mi amigo Homero Zozaya, me dice: “Capitán, por favor, consígame un poco de marihuana, como esto,” cerrando un tanto su blanca mano. “La quiero para macerarla en alcohol, como embrocación, para friccionar las piernas de mi papá. Sufre mucho con las reumas.” Se lo prometí, creyendo que sería fácil. Encargué a mi asistente Ubaldo, que era muy despierto, que me consiguiera aquello. Como no me lo traía, le reconvine, y me explicó entonces que el proveedor era el panadero, que éste la compraba al conductor del tren de pasajeros que venía de Monterrey, pero que hacía dos semanas que no le surtía. Así, con gran sentimiento, lo informé a la señorita Zozaya.

Con gran sentimiento también dejé mi querido 11° Regimiento. La Secretaría de la Defensa me ordenó reportarme con el general Alejo González, jefe de la campaña militar contra la fiebre aftosa, quien me comisionó en Jalapa. Fue en 1947.

El oficio marca al hombre. El que una vez fue soldado, morirá creyendo oír a lo lejos los claros clarines de la madrugada.